

*Hetty Gray;
Hija de nadie*

Rosa Mulholland, lady Gilbert

Capítulo 1.
Cuatro años



No hay pueblo más bonito en toda Inglaterra que Wavertree. A pesar de que no tiene calles, las casitas se agrupan alrededor de los caminos de dos en dos o de tres en tres, con sus techos de tejas rojas, sus pequeños jardines y sus setos invadidos por hierbas floridas. Bajo un sicomoro grande, al pie de una cuesta, se encuentra la fragua, una cueva de fuego que resplandece en medio de las sombras, un lugar donde a los niños les gusta detenerse de camino a la escuela para observar los golpes del martillo del herrero sobre las barras ardientes y escuchar las melodías alegres, metálicas, que le devuelve el yunque. ¿Quién sabe qué misterio rodea al gran herrero mientras se mueve entre sus fuegos, a los ojos abiertos y brillantes que lo observan desde

debajo de unas cejas infantiles; o qué significados transmite esa música tintineante a los oídos de unos niños de cuatro, de ocho años?

Cuando Hetty tenía apenas cuatro años, pasó cinco o diez minutos de un largo día de verano mirando la fragua, observando y escuchando con toda la energía que la caracterizaba. Tenía una carita redonda y sonrosada, ojos castaños grandes y suaves como el terciopelo y labios de color carmesí bien abiertos. Llevaba un vestidito rosa de calicó, limpio y aseado, y sus zapatos, aunque algo polvorientos, no estaban muy gastados. En resumidas cuentas, Hetty tenía el aspecto de una niña cuidada con amor a pesar de encontrarse sola en el mundo, pues era huérfana de padre y madre.

Un par de caballos grandes y fuertes, grises y bayos, con crines y cola tupidas, se acercaron a la puerta de la fragua trotando ruidosos; un hombre montaba uno de ellos. Hetty conocía a los caballos, que pertenecían a Wavertree Hall y estaban acostumbrados a tirar de los carros largos que transportaban los árboles talaados desde el bosque hasta el patio trasero de la mansión. Cuando era más pequeña, Hetty pensaba que iban a plantar aquellos árboles de nuevo en la sala de estar de la señora Enderby y preguntaba por qué les quitaban todas las hojas verdes, tan bonitas. Sin embargo, en ese

momento ya tenía cuatro años y sabía que los cortaban y los convertían en leña.

Aplaudió entusiasmada cuando aquellas magníficas criaturas de crines ondeantes le acercaron los poderosos cascos a los piececitos.

—¡Anda, chiquilla, apártate! —exclamó el hombre a cargo de los caballos.

Hetty se coló en la fragua y se acercó al fuego más de lo que nunca se había atrevido.

—¡Vaya! —gritó Big Ben, el herrero—. ¡Esta chiquilla tiene el valor de un ejército! ¡Vete de aquí, mocosa, si no quieres que se te asen esos rizados tan bonitos que tienes como si fueran un ganso por San Miguel! Y no necesitas más chispas en los ojos, ya te brillan lo suficiente como para iluminar una fragua por sí mismos.

—Así es —asintió el carretero—, mi mujer y yo a menudo decimos que es demasiado guapa para que nos hagamos cargo de su crianza. Y mira que es terca, ¿eh? ¿Podrías llevarla fuera de la mano, Ben?

Big Ben la sacó de la fragua y le ordenó:

—Ahora corre a jugar con los demás niños.

Luego regresó para herrar los robustos caballos de tiro de John Kane, o, mejor dicho, a los caballos de tiro del señor Enderby, de Wavertree Hall.

Tras ser expulsada de este modo, Hetty no se atrevió a volver a la fragua. En lugar de eso, retrocedió por el camino sin volver la espalda, con la vista fija en los caballos durante todo el tiempo que pudo verlos; sentía un gran cariño por esos animales tan majestuosos y, si la hubieran dejado, habría montado a lomos de uno y lo hubiese abrazado por el cuello. Al llegar a una curva del camino desde donde salía una senda que conducía a un claro, les lanzó un beso de despedida y se alejó saltando entre la hierba, rodeada de margaritas de corazón de oro y cara de luna, y de amapolas de ojos negros con capuchas escarlata.

No había otros niños a la vista, pero Hetty no los necesitaba para ser feliz. Una mariposa grande pasó revoloteando cerca de ella, casi rozándole la mejilla, y Hetty inclinó hacia atrás la cabeza rizada, maravillada por su belleza. La mariposa deslumbraba, con sus tonos escarlatas, marrones y dorados, y Hetty, tras un momento de sorpresa y gozo, alargó los bracitos regordetes para atraparla. Se le escapó entre los dedos, pero, justo cuando estaba a punto de echarse a llorar, un enjambre de mariposas blancas y azules le pasó por delante de los ojos, haciéndola reír de nuevo mientras las perseguía.

Por fin llegó a un lugar húmedo y oscuro donde unos lirios amarillos se alzaban sobre tallos altos y verdes, como nobles damas rodeadas de guerreros. Hetty divisó los pétalos amarillos en forma de alas de los lirios salvajes y los tomó con ambas manos. ¡Qué decepción! No estaban vivos, sino sujetos al suelo por aquellos tallos fuertes. Las mariposas se habían esfumado, las flores ya no tenían vida. La niña arrancó los lirios y trató de hacerlos volar, pero las cabezas cayeron con pesadez al suelo.

Un labrador joven y robusto se encontró con Hetty y le preguntó:

—¿Por qué les arrancas la cabeza a las flores, chiquilla?

—¿Por qué no pueden volar como las mariposas? —inquirió a su vez Hetty.

—Porque están hechas para crecer —respondió él.

—¿Y por qué yo no puedo volar? —quiso saber Hetty.

—Porque tú estás hecha para correr.

Cuando Hetty Gray llegó a la escuela, tenía en una mejilla un arañazo que se había hecho con una zarza.

—Has llegado tarde, Hetty Gray —señaló la maestra—. ¿Qué has estado haciendo para arañarte la cara?

—Quería hacer volar a las flores —respondió Hetty.

Y entonces la castigaron a un rincón, de cara a la pared.

Capítulo 2.

Detrás de los caballos



El hogar de la señora Kane se erguía junto a una curva muy bonita de uno de los caminos del pueblo y formaba parte de un grupo irregular de casitas de tejas rojas y vallas verdes. Era una de las viviendas más humildes de Wavertree, pero lucía aseada y ordenada. El jardín estaba bien cuidado y alrededor de la puerta crecía un rosal trepador de rosas blancas, unas rosas fragantes y anticuadas cuyo aroma delicioso perfumaba el aire allá donde el viento lo llevaba.

La puerta estaba abierta y la luz del sol vespertino caía sobre las viejas baldosas rojas del suelo de la cocina. Las baldosas tenían algún

desperfecto, aquí y allá se hallaban un poco hundidas y desgastadas, pero, como hubiera dicho la señora Kane, estaban tan limpias que más era imposible. A un lado, mirando al jardín, había una ventana con una cortina de volantes y un geranio florido en el alféizar. Al otro lado estaba la chimenea, también con volantes y cortinas de quimón, y con la rejilla llena de un matojo de hojas verdes de haya. Sobre las baldosas rojas, preparada para tomar el té, había una mesa a la que estaban sentadas la señora Kane y su amiga, la señora Ford, quienes disfrutaban de una taza juntas.

—Hoy sí que llega con retraso —observó la señora Kane—, pero ya no tardará. Aunque sea un poco traviesa, está muy espabilada, que ya es algo. Nunca se pone a los pies de los caballos, ni se cae al estanque, ni nada así. Si hiciera ese tipo de cosas, con lo trotamundos que es, no tendría un momento de paz en toda mi vida.

—He de decir que es usted muy buena por cuidar así de ella —alabó la señora Ford—, y eso que no es nada suyo. Si fuera hija suya...

—Bueno, a mis dos angelitos se los llevó el sarampión al cielo —recordó la señora Kane—. Me sentía tan sola sin ellos que cuando John entró aquella noche con el fardito en brazos pensé que mi marido era un ángel.

—La encontró en la playa de Long Sands, ¿verdad? —quiso cerciorarse la señora Ford mientras apoyaba la cucharilla en el borde de la taza.

—Sí, en Long Sands, tras aquella gran tormenta —rememoró la señora Kane—. En mayo se cumplieron cuatro años. Nunca entenderé cómo una bebé como ella pudo sobrevivir a la tormenta y llegar viva a la orilla, arrastrada por la corriente. Me parece casi imposible. Pero así es como lo quiso la Providencia, señora Ford.

—Me imagino que sus padres se ahogaron —supuso la señora Ford.

—Es lo más probable, porque el naufragio fue espantoso, por lo que dicen —contestó la señora Kane—. Desde luego, nunca ha venido nadie a reclamarla ni a preguntar por ella. A menos que sea por el bien de la niña, ojalá nadie la reclame ya. Aunque sea traviesa, he llegado a querer mucho a la pequeña Hetty, la verdad. ¡Ay, ahora viene por ahí! Estoy segura de que tiene tanta hambre que se comería una vaca.

Hetty caminaba cansada por el sendero del jardín. Tenía unos rizos en la cabeza que parecían un arbusto y unos dedos rechonchos teñidos del verde de la hierba y el delantal que llevaba ya no era verde y estaba lleno de margaritas. Iba cantando; alzaba la voz infantil con brío.

—Polvo soy y en polvo me «conveltilé»...

—¡Pues sí que eres polvo! —exclamó la señora Kane—. Nunca había visto tanto polvo junto. Mírele los zapatos... ¡Si se los he limpiado esta mañana!

—Pobrecita, estaba practicando el canto —sonrió la señora Ford—. Bueno, pequeña, ¿qué has visto y qué has hecho en todo el día?

—He visto a Ben el herrero avivar el fuego —respondió Hetty tras pensar un momento—. Me sacó de allí y luego vi cómo les hacía daño a los caballos dándoles martillazos en los pies. Yo quería que los caballos vinieran conmigo, pero me dijeron que no con la cabeza y se quedaron donde estaban. Luego intenté atrapar mariposas, pero se me escapaban. También pensaba que los lirios amarillos sabían volar, pero no querían. Y entonces les arranqué la cabecita y...

—¿Y no has ido a la escuela en todo el día? Madre mía, Hetty, sí que eres traviesa. Tendrías que ver lo bien que están mis chicos en la escuela. ¿Y qué más has hecho, Hetty?

—He ido a la escuela y la maestra me ha puesto de cara a la pared. Luego he dibujado en la pared con mis lágrimas y luego he practicado la ortografía. Luego he venido a casa y he recogido margaritas y he visto a Charlie Ford

meterse en el estanque con los zapatos y los calcetines puestos.

—¡Ay, no! ¡Ay, no! ¡Ay, Señor! —exclamó la señora Ford al tiempo que tomaba la capota y se disponía a irse a casa corriendo—. Charlie en el estanque con los zapatos y los calcetines puestos, ¡madre mía! He hablado demasiado pronto, señora Kane.

Mientras la señora Ford corría calle abajo en busca de Charlie, la señora Enderby, en Wavertree Hall, daba instrucciones a sus sirvientes para que colocaran la mesa del té bajo las frondosas hayas. Sus dos niñas, Phyllis, de ocho años, y Nell, de siete, revoloteaban a su alrededor y esperaban el momento de colocar las cestas de flores y fresas sobre el mantel bordado. La señora Rushton, cuñada de la señora Enderby y tía de las niñas, había ido a pasar la tarde en la mansión; para ello había recorrido varios kilómetros.

La señora Enderby era una mujer alta y airoso. Tenía una cara pálida y afable, pero también desapasionada. Llevaba un vestido sencillo y austero, casi incoloro. Poseía una voz dulce. La señora Rushton resultaba opuesta a ella en todos los sentidos: era bajita y estaba rellenita,

y vestía a la moda más reciente y elegante. La señora Enderby hablaba con calma y deliberación; la señora Rushton parloteaba sin cesar.

—Bueno, Amy —terció la primera—, espero que hables de ello con William, tal vez él pueda hacerte cambiar de opinión. Mira, aquí viene —anunció mientras un caballero cruzaba el jardín en dirección a ellas.

La señora Rushton se encogió de hombros.

—Querida Isabel —repuso—, no veo qué tiene que ver William con todo esto. Es cosa mía y, desde luego, ya soy mayorcita para juzgar por mí misma.

Las dos pequeñas corrieron a darle la bienvenida a su padre y lo arrastraron de las manos hasta la mesa del té.

—William —conminó la señora Enderby—, quiero que hables muy en serio con Amy.

—Me parece que siempre estoy hablando muy en serio con Amy —sonrió el señor Enderby—. ¿Qué maldad está tramando ahora?

La señora Rushton rio con alegría, mojó una fresa jugosa en nata y se la comió. Su risa era agradable, ella mostraba una actitud general de buen humor y autocomplacencia que algunas personas confundían con una extrema amabilidad.

—Isabel opina que voy derecha a la perdición —planteó al tiempo que preparaba

otra fresa para bañarla en la nata— solo porque estoy pensando en irme al extranjero con lady Harriet Beaton. Estoy segura de que tengo derecho a hacer planes y a elegir a mis amistades.

El señor Enderby se puso muy serio.

—Nadie puede negarte el derecho a hacer lo que quieras —reconoció—, pero espero que te lo pienses mejor y decidas no viajar al extranjero con lady Harriet Beaton.

—¿Por qué?

—Porque sabes que no es buena compañía para ti, Amy. Espero que no hayas prometido acompañarla.

—Pues me falta poco. Es muy alegre y encantadora, y no entiendo por qué te opones a que la acompañe. Si yo fuera una jovencita de dieciséis años en lugar de una viuda con mucha experiencia, no armarías tanto alboroto.

—Como hermano tuyo, estoy en la obligación de oponerme a semejante plan —afirmó el señor Enderby.

La señora Rushton hizo un mohín.

—Para ti y para Isabel es fácil hablar —expuso—. Vosotros os tenéis el uno al otro y a vuestros hijos. Si yo tuviera hijos, aunque fuera solo uno, no se me ocurriría andar por el mundo ni acompañar a lady Harriet.

La señora Enderby miró a su cuñada con comprensión, pero el señor Enderby se limitó a sonreír.

—Querida Amy —comenzó—, sabes muy bien que, si tuvieras hijos, serían los pequeños mortales más desatendidos sobre la faz de la tierra. Desde que te conozco, y ya hace muchos años de eso, te he visto siempre revolotear tras un capricho u otro, nunca satisfecha con algo por mucho tiempo. Si Phyllis y Nell fueran hijas tuyas en lugar de serlo de Isabel, estarían internas en algún colegio mientras su madre se dedicaba a montarse en un tiovivo tras otro.

—Gracias, eres muy halagador —ironizó la señora Rushton; luego rio con despreocupación—. Al fin y al cabo, montarse en un tiovivo, como tú lo llamas, es mucho más divertido que estar sentada en el cuarto de jugar o en la sala de estudio. Pero te puedo asegurar que no soy tan frívola como piensas. En los últimos tiempos he ido a repartir panfletos con la señora Sourby.

—En efecto, y el invierno pasado asistías a charlas sobre cocina y querías darlas tú misma.

—Sí. De no haber sido porque sucedió algo, no recuerdo qué, ahora podría ser un miembro útil de la sociedad. Pero estamos en manos del azar. De momento, el destino ha dispuesto

que pase los próximos meses en Pontresina.

El señor Enderby hizo un gesto indicativo de que no deseaba insistir más y se fue a la pista de hierba a jugar al tenis con sus pequeñas. La señora Rushton se levantó del asiento, bostezó y le comunicó a la señora Enderby que eran las seis en punto y que ya era hora de que regresara a casa, pues tenía un viaje de dos horas por delante.

Poco después, recorría la avenida en su carruaje, atravesaba el pueblo y salía por uno de los caminos a campo abierto.

Para entonces, la pequeña Hetty Gray ya tendría que haber estado en la cama o preparándose para acostarse, pero, como le dijo la señora Kane a la señora Ford, era una niña traviesa aunque espabilada. Mientras la señora Kane estaba ocupada dando de cenar a su esposo, Hetty se escapó de casa una vez más y se alejó del pueblo para darse otro paseíto, sola, antes de que comenzara a oscurecer en los bonitos bosques verdes y la luna saliera por detrás de los árboles.

Hetty se había colmado el regazo de rosas silvestres de los setos y, con el deseo de formar

con ellas un ramo para llevarlo en la mano, se sentó en medio del camino y se quedó absorta en la tarea.

Cerca de donde estaba sentada, el camino hacía una curva muy cerrada y Hetty estaba tan atareada que no oyó el ruido de un carruaje que se acercaba. De repente, los caballos doblaron la curva. Hetty los vio y se levantó de un salto, asustada, pero ya era demasiado tarde para salir ilesa. Se vio arrojada al suelo, aunque el cochero tiró de las riendas a tiempo para evitar que las ruedas le pasaran por encima.

La pobre Hetty dio un grito y ya no se le oyó decir nada más. El lacayo se apeó y la miró, y luego fue a decirle a la señora que viajaba en el carruaje que mucho se temía que la niña estuviera herida de gravedad.

—¡Oh, cielos! —exclamó ella—. ¿Cómo ha podido caer bajo las patas de los caballos? ¿Puede usted levantarla?

El lacayo volvió junto a Hetty e intentó tomarla en brazos, pero ella profería tales alaridos cuando la tocaban que se vio obligado a tenderla otra vez en el suelo.

Entonces la dama, que era la señora Rush-ton, bajó y la observó.

—Debe subirla al carruaje —ordenó— y volver al pueblo. Supongo que su familia vive allí.

—La conozco, señora —asintió el lacayo—; es la hija de la señora Kane, la pequeña Hetty Gray.

La señora Rushton subió al carruaje de nuevo y sostuvo a la niña en el regazo mientras volvían al pueblo, a casa de la señora Kane. Para aquella dama caprichosa y elegante, era una nueva la sensación de abrazar a una niña que sufría y notó con sorpresa que, a pesar de que al principio había reaccionado con impaciencia al verse detenida en el camino, más bien le gustaba. Cuando la cabecita de cabellos rizados de Hetty se reclinó indefensa sobre su brazo y la mejilla redonda y suave de la pequeña, tan blanca, le tocó el pecho, la señora Rushton experimentó una sensación maternal que jamás había conocido en toda su frívola vida.

La señora Kane estaba en la puerta del jardín, mirando arriba y abajo por el camino, buscando a la desaparecida Hetty. Cuando vio que la bajaban en brazos del carruaje, se puso a llorar.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay! —se lamentó entre sollozos—. Nunca pensé que llegaríamos a esto, con lo espabilada que es. Gracias, señora, gracias. No es hija mía, pero como si lo fuera.

La señora Rushton mandó al carruaje a recoger al médico y entró en la casa con la señora Kane. Tumbaron a la niña con el mayor cuidado posible en una cama vieja pero limpia, cubierta con una colcha de cuadros multicolores, y aquella señora elegante se sentó a su lado y le roció la frente con colonia, que llevaba encima por casualidad. Todo era nuevo y, por inesperado que resultara, interesante para la señora Rushton. Nunca hasta entonces la habían recibido con tal agrado en una casa humilde, ya que solo había tenido ocasión de ver una por dentro cuando acompañaba a la señora Sourby a repartir panfletos, y en esas ocasiones le había parecido que los pobres que la recibían no la veían como a una amiga, sino más bien como a una intrusa. Ahora era evidente que la buena y apenada señora Kane la tomaba por un ángel, allí sentada, junto a la cama de la pequeña, y para la señora Rushton era nuevo y encantador que alguien la considerara una benefactora.

Llegó el médico, encajó el brazo de la niña, que resultó estar roto, y le dio algo para que se durmiera. Luego, cautivó a la señora Rushton con multitud de cumplidos sobre su corazón bondadoso.

—Recuerde que todos los gastos corren de mi cuenta —ofreció ella— y espero que le

recete a la pequeña todo lo que necesite. Vendré a visitarla mañana, señora Kane, y le traeré flores y fruta.

En el bosque verde y hermoso que tanto le gustaba a Hetty había oscurecido, las mariposas habían volado a los aposentos delicados que habitan durante las noches de verano, los pétalos de los lirios amarillos aleteaban despercebidos en la oscuridad y la luna se había alzado por encima de las hayas y del viejo campanario de la iglesia. La señora Rushton subió al carruaje una vez más y cruzó enseguida el pueblo silencioso hacia su lujosa casa, sintiéndose más interesada y emocionada de lo que había estado en mucho tiempo.

La pequeña Hetty Gray, superados de momento el susto y el dolor como si se tratase de una pesadilla, dormía en su humilde cama, y la señora Kane, que cortaba la mecha de la lámpara de noche, se detuvo a escuchar, con esa fascinación que siente mucha gente cuando oye ese sonido, el estruendo ronco del viejo reloj de la iglesia al dar la medianoche entre las chimeneas del pueblo y por los bosques silenciosos y solemnes.

La señora Kane sintió una especie de temor ante el comienzo de otro día, pero no sabía que con ese temor se abría una página nueva y extraña en la historia de la vida de su pequeña Hetty.

Capítulo 3.

Adoptada



La señora Rushton volvió al día siguiente con una cesta de melocotones maduros y un ramo grande de unas flores preciosas que Hetty nunca había visto. Los lirios amarillos ahora podían estar tranquilos, entre sus hojas altas como banderas, sin temor a que les arrancaran la cabeza, pues Hetty tenía algo más nuevo y encantador que admirar. Rosas doradas y fragantes, y gardenias blancas como perlas perfumaban y embellecían la habitación sencilla donde yacía Hetty. ¿De dónde habían salido, se preguntó, y quién era la bella dama que estaba sentada a su lado y no paraba de

acercarle a la nariz cosas que olían bien? Al principio, Hetty se mostró muy tímida y solo la miró con los ojos entrecerrados, pero al cabo de un rato se armó de valor y le habló.

—¿Quién es usted, amable señora? —preguntó sin vergüenza.

—Soy un hada buena —afirmó la señora Rushton— y cuando te recuperes te llevaré a ver mi casa.

—Hetty tiene una casa —dijo la pequeña, complaciente—. ¿Usted tiene una casa también?

—Una casa grande y espléndida, Hetty —intervino la señora Kane—. Nunca has visto otra igual.

—¿Es más grande que la oficina de correos? —dudó Hetty, escéptica.

—Mucho más grande.

—¿Más grande que la fragua?

—No seas tonta, niña, y déjate de tamaños —zanjó la señora Kane—. La casa de la señora Rushton es tan grande como la iglesia o incluso más.

Hetty parpadeó sorprendida y se quedó callada un momento. Por fin inquirió:

—¿Y ella se sienta en el púlpito?

La señora Rushton se rio más de lo que estaba acostumbrada a reírse con las historias cómicas de lady Harriet Beaton. El parloteo de la niña la divertía.